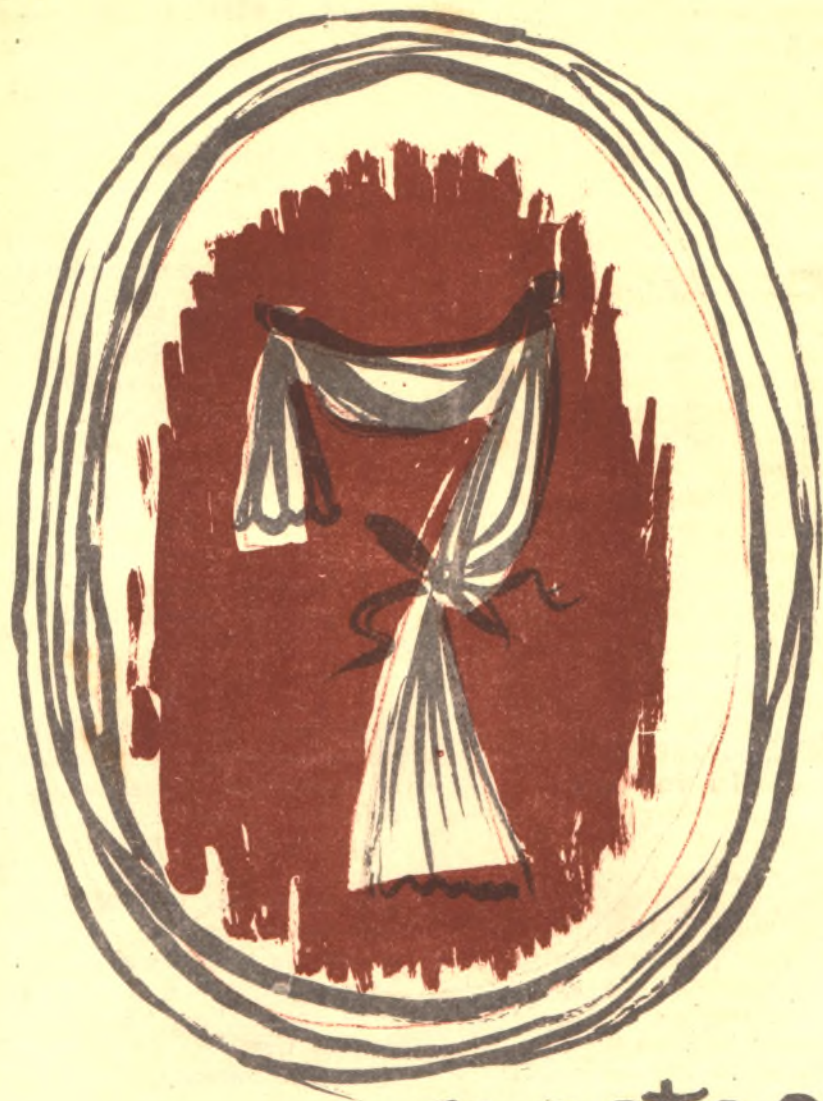


año II  
nº. 4



I poetas  
hispano-  
americanos

circe maia  
efraín barquero  
alejandro romualdo  
héctor yanover  
washington benavides  
cecilia mérola  
orfila bardesio

10 P07084. 554. 1961

los límites

Puedes dejar que caigan  
en ti y se disuelvan  
los blancos días quietos  
los saludos, las cartas,  
el sabor previsible  
de las horas que quedan.

Cada mañana el viento  
trae sonidos, pasos,  
conversaciones fáciles,  
conocidos reflejos...  
En la luz de esos días  
podemos apoyarnos.

Pero qué hemos de hacer  
—no puedes, no podemos—  
recibir totalmente  
cierto infinito peso  
la hondura desmedida  
el golpe inesperado.

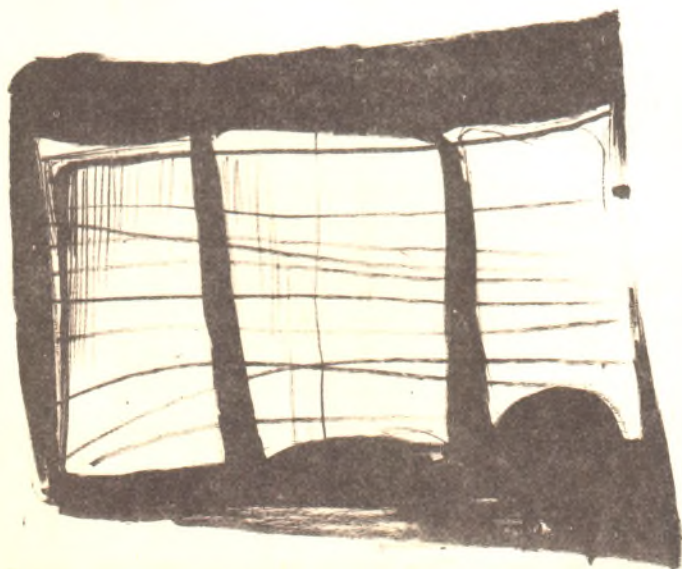
Por pedazos, pequeños  
fragmentos dolorosos  
se reciben entonces  
como la lluvia en gotas  
como la hoguera en chispas  
para no aniquilarnos.

la ventana

Es un punto sin cambio, dentro de la mirada.  
No se mueve a pesar que las olas descienden  
se descuelgan azules burbujas, cielos limpios  
redondos, movedizos días en resplandores  
caen y caen.

Alguien en ese inmóvil rincón siente la noche  
como un oscuro ruido disperso, como golpes  
sordos, de telas blandas.  
Siente también un alto silencio, un temblor frío.  
Y es una noche y otra.  
Anchos ríos de sombra desembocando, abiertos,  
en su fija ventana.

fotografías



Esas claras figuras  
de las fotografías  
detenidas en medio  
de un gesto que no acaba  
a mitad de una risa  
con la mano en el aire  
esos rostros.

El caer de la luz es ahora un cerrado  
resplandor seco, un frío  
que rodea la cara.

Repetido gotear  
de minuto y minuto  
está ahora cortado  
expuesto, abierto, duro  
sobre el papel, orillando.

(Siente latir la muerte  
despacio, sordamente...)

## piel de hoja

Ando entre hojas de mil formas,  
que me tocan con sus manos heladas.  
Qué cabellera abundante de la tierra.  
Todo el día se arrastra en sus raíces,  
como una culebra manchada por la lluvia;  
pero en la noche es toda hoja,  
toda labio que adquiere repentina humanidad,  
toda oreja que escucha en las ventanas,  
toda mano suspendida y con anillos,  
que me detiene de repente en la sombra,  
y me toca con helada certeza.

Y miro entonces el cielo desvelado.  
Y lo siento cerca, familiar y mío.  
Y casi puedo olerlo y tocarlo con mis manos,  
como si hubiera ascendido de la tierra  
y palpitara, reciente enredadera.

Porque todas son hojas en la noche,  
en las tierras fluviales y mojadas:  
hojas fragantes o ásperas, repentinias, ocultas,  
de bordes más duros que la piedra  
o de palmas más blandas que los hombres.  
Y las noches están llenas de gotas.  
Y los días son juegos de sol.  
Y la vida siempre nace, o va a nacer,  
pero nunca ha transcurrido.

## la casa musgosa

Crezcan junto a mí las plantas de humedad,  
de rostros pesados de silencio.  
Acompañenme las orejas temblorosas  
de las enredaderas alargadas.  
Pongan los hongos el huevo del invierno,  
y los helechos se alimenten de mi sombra,  
y las palmas se muerdan con su boca gruesa,  
manchando mi cuerpo como la piel de una culebra.

Musgo quiero, y ninguna otra piel orgullosa.  
Musgo denso, y ningún otro enfermo terciopelo.  
Musgo doloroso como una frente honda.  
Y respirando apenas, como una boca de piedra.

Sea todo un crecer a la sombra de mi casa.  
Y mi mano se vuelva cada vez más ciega,  
para andar sin romper su silencio.  
Sea el tiempo como un árbol herido.  
Sea el aire como un gran tajo abierto.  
Sea el cielo como una yema redonda.  
Y mi rostro no asombre. Y mi voz no intimide.  
Como un profundo y ciego injerto,  
que entrara en la carne palpitante del mundo,  
llorando de hermosura verde.



July 1987



# Alejandro Romualdo

peruano

## perú en alto

Según mi modo de sentir el fuego,  
soy del amor: sencillamente ardiendo.  
Según mi modo de sufrir el mundo,  
soy del Perú, sencillamente siendo.

Tierra del sol, marcada al negro vivo,  
llorando sangre por los poros, sombra  
a media luz del bien, a media noche  
del día por venir. Yo estoy contigo.

Golpe, furia, Perú: ¡todo es lo mismo!  
Saber, a ciencia incierta, lo que somos,  
buscando, a media luz, otro destino,  
con todo el cielo encima de los hombros.

Por eso quiero alzarte, recibirte  
con los besos abiertos,  
junto a la luz,  
ardiendo de alegría.

## razones y proporciones

Para formar un hombre más un hombre,  
más otro hombre, total, en suma, un pueblo,  
estoy sumando vértebra más vértebra,  
rama más rama, pétalo más pétalo.

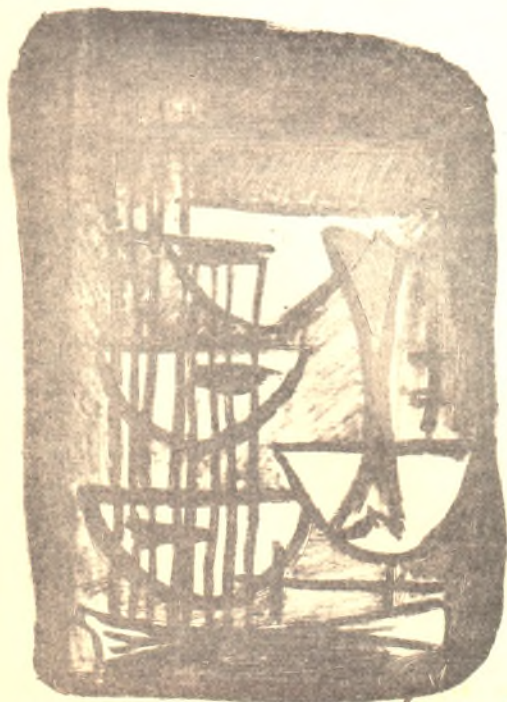
Estoy sumando gritos, huesos, ansias  
de paz. Sumando muerte, noche y vida.  
En fin, teniendo en cuenta nuestras deudas,  
sigo sumando sumamente al día.

Sigo sumando golpes y martillos  
—rayo más rayo, piedra sobre piedra—  
Metido hasta los tuétanos. De frente.  
Hueso más hueso. Médula más médula.

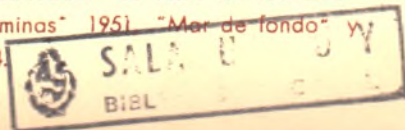
Iremos por la vida y por la muerte  
—hombre más hombre, lápida más lágrima—.  
Como bosque arbolado de esperanzas  
—hoja más hoja, ánima más ánima—.

De soplo en huracán. De brisa en pájaro.  
De viento en tempestad. De ola en ala.  
De tiempo en tiempo hacia el amor humano.  
De boca en beso hacia la luz del alba.

Hombre más hombre, más amor, más vida  
común, más  
energía, igual:  
pueblo más pueblo y paz más alegría.  
Suma total del sueño más el ansia.  
Suma vital del hombre. En suma,  
el pueblo.



Alejandro Romualdo nació en Trujillo - Perú, en 1926. Ha publicado: "La torre de los alucinados" 1949, "Cámara lenta" 1950, "El cuerpo que tu iluminas" 1951, "Mar de fondo" y "España elemental" 1952, "Poesía concreta" y "Poesía" 1954.



## niño muerto

Mira como las manos del hombre están gastadas  
de renovar fusiles y de empuñar las palas.  
Hace ya tiempo que anda y se repite en odio,  
en espera de flores, en soledad callada.  
¿Quién sabe qué será lo que el mañana olvida...?  
¿Quién sabe si tú mismo habrás muerto  
cuando renazca el sol y se asombre de verte?

La mañana roba al río un lenguaje aéreo de vapores.  
Entre ellos te velaron bajo el puente  
esos hombres cansados de esperar esa cosa tan simple  
como ha sido tu muerte.  
Te cubrieron con una lona vieja  
y con cuatro velones mendigados  
arrojaron tu sombra sobre el agua.  
¿Qué te diré, que estoy triste?  
Triste sí pero también sereno.  
Tu muerte no es nueva para mí.  
Tu casa bajo el puente  
donde nadie recoge las basuras  
y donde el flaco perro husmea  
esquinas orinadas.

Se me coagulan los vientos en la boca  
y una marea nutre mi andar triste de nuevo.  
Pero ando triste ahora sabiendo muchas cosas.  
No es la tristeza de antes  
—la locura mayor sobre el ayer perdido—  
es un viento de fuego sobre el mar,  
es un claro dolor;  
ya no hay olvido!

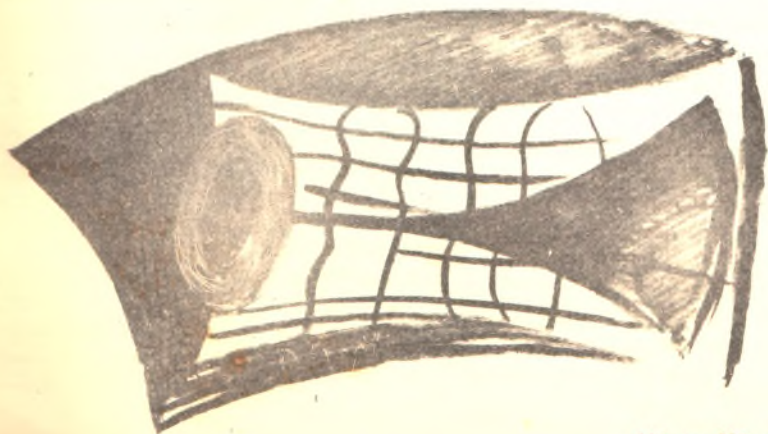
## sobre los tristes

Sobre los tristes, sobre los desvalidos,  
cuando ya ni la noche se detiene a su lado.  
Pienso y repienso las ofensas, la vergüenza y el dolor.  
Dónde están el martillo y la piedra para aplastarme  
[el pecho?

Es que la cobardía es ésa cuya mano tarda  
y cuyos círculos se hacen y deshacen hasta la nieve?  
Oh vida, oh luna de las decisiones, oh perro sangrante  
[de los golpes

al pecho. Qué hay que esperar?  
El pájaro negro que canta sobre los techos de los que  
[van a morir,

vuela y vuela sobre mi casa sin decidirse  
y las marcas que indican el destino y el azar  
se nos dan y se nos niegan con idénticos números.  
Entonces busco los tristes,  
los rincones donde la injusticia ha fundado ciudades.  
Es que el yermo es yermo  
y yo no soy ni hielo ni sol, ni la sal, ni el huevo?  
Lloro sobre los tristes, me lloro, me lamento!

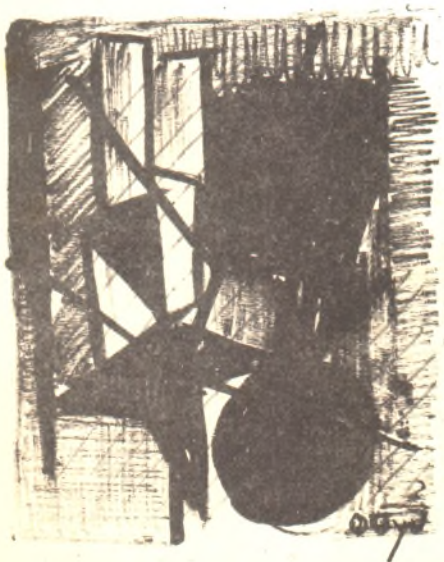


## la onda

La onda iba en el río  
como un ángel que fuera  
al último sonido  
de una hermosa trompeta  
(el bronce de sus tubos  
no surgió de la tierra).  
La onda iba en el río;  
el ala o su cabeza  
acaudillaba otras  
obstinadas e idénticas.  
El río por el cielo  
espigaba diademas,  
(del tratado infinito  
que Leonardo escribiera  
al Vuelo de Los Pájaros,  
ilustración perfecta:  
el juego articulado  
del ala y la cabeza  
idealizado en plumas  
azules o bermejas).  
La onda iba en el río  
—absoluta y ligera—  
con su arreo de hojas,  
hinchadas bestezuelas,  
de líquenes y troncos  
y náuticas maderas.  
La onda iba en el río  
el río por la tierra  
(Circulatoriamente  
por el cielo y las venas).

## lunas

Las calles grises ya no son habituales,  
—con esa ineditéz propia del sueño—  
dispersas o anudadas  
en el advenimiento de la oscura visita.  
Algún techo de zinc  
esplende como pieza de armadura  
entre los apagados pabilos de los árboles.  
Los árboles que son  
vocecitas de hojas, coloquios de sus ramas.  
Los árboles que son uno y todos los árboles.  
La oreja inmensa de la noche  
con cautela de músico va separando ruidos:  
estrofas de borracho, ramalazos de parque  
de diversiones, aires  
de recónditas radios, estridencias  
de animales domésticos, de diálogos,  
de risas...  
Se ha apagado un instante la quemazón del día  
y esta divina tregua  
no nos sirve de nada.  
(El rostro nos aplastan labios, piernas y senos,  
amarillos y azules y verdes y bermejos,  
bóldos o colores dentados y carnívoros,  
para hacernos arder y desear  
un meloso refresco  
en la vulgaridad  
diosa de hábil comercio).  
¿Cómo decir que arriba está la salvación  
si hay que salir al campo para encontrar el cielo?  
Una recua de calles grises en el verano...



dos poemas

Sobra este impulso y este aliento, sobra.  
Desde la remotísima caricia  
—primera luz caliente en el abismo  
de la primera sombra—  
sé que es inútil el clamor que sube  
desde todos los cuerpos a las puertas  
cerradas de las bocas.

Toda la sangre de las venas, toda  
la rumorosa voluntad del viento,  
la fuerza de la ola,  
la fuerza de la voz y de la vida,  
sobran.  
—El mundo gira en orden riguroso  
como un reloj que está marcando el tiempo  
con las agujas rotas.

—Para qué entonces tanta savia viva?  
—Para qué tanta luz, si todo sigue  
la mecánica ley, la ley monótona  
de nacer y morir, hora tras hora?

No es cierto. No es verdad que todo sea  
la floración inútil de una selva  
que el tigre de la muerte, solo, explora.

Desde tu remotísima caricia  
—primera luz caliente en el abismo  
de mi primera sombra—  
sé que mi ser será desde ese impulso,  
—morir y renacer hora tras hora—  
que no encuentra ecuación en la materia,  
que no tiene razón entre la forma.  
Este aliento que fluye entre nosotros,  
y entre nosotros obra  
la semblanza de luz y plenitudes  
que sostiene y levanta nuestra antorcha,  
—el ser total, el devenir divino  
de la criatura ignota—.

Como una anunciación de primavera  
cruza a veces los páramos del aire,  
una presencia que se vuelve forma  
y al quererla tocar se nos deshace.

No importa cuándo fue; pero es posible  
que esa luz, —o color, o nube, o grito,—  
haya abierto la grieta sobre el muro  
que separa lo humano y lo infinito.

Es tal vez la flamígera figura  
de un angélico ser, que se aventura  
a revelarnos la secreta clave  
del sereno estupor y de la calma.

O la primera condición del alma  
vuelta a ser lo que fue por un instante,  
rotos los lazos de la humana duda;  
que no puede saber, pero que sabe.



Titulo  
Maia, since 1932 - (una)

# orfila bardesio

uruguay

Aquella flor  
con la que hablaba sola de niña,  
¿no eras tú?  
¿no era la corola de tu oído?  
Aquella flor  
que nada me decía  
pero que con seguridad  
me conocía sin reproche,  
¿quién era?  
¿la Reina, la Señora de todo lo creado?  
la Pudorosa, envuelta en un instante?

La reconozco sin dudas,  
recogida en mi olvido,  
eras Tú en mi jardín  
jugando con una niña,  
disimulado en flor  
para no asustarla,  
para que no se diera cuenta,  
—no exigirle que llevara  
un secreto tan grande  
para sus años,—  
para que siguiera viviendo.  
Eras Tú, mi Testigo  
mi Escudo,  
mi Padre.

Y también era Ella,  
Mansa, Perdurable, Tranquila,  
Compasiva, Llorosa, Maternal.  
Y ahora soy  
aquella niña  
inclinada sobre la flor,  
aquella forma mía  
sostenida por ella en silencio.  
Ah, pero sé que a esta flor  
se vuelve  
por el Camino del Llanto.



## la flor del llanto

## eres tú en el espejo

Están las flores y los frutos,  
las incontables fantasías  
de las plantas.  
Es cierto.

Están los esplendores animales,  
sutiles, majestuosos,  
ardientes, vivos inocentes.

Está la música del ópalo, de la esmeralda,  
del topacio, de la amatista,  
del oro.

¡Está el mar!  
El ritmo de los peces,  
las olas agitando las naves,  
y los blancos castigos hirvientes  
contra las rocas altas.

Las estrellas —sobre la cara,—  
subiendo a coronar  
perfumes de la noche,  
a dibujar cielos vírgenes.

Están los átomos  
guardando el equilibrio  
en el espacio, la cohesión del agua,  
manteniendo las superficies tranquilas.  
Es cierto.

Pero lo que me embriaga  
como ningún jardín  
noche y día con su misterio,  
lo que me exalta  
más que orden alguno  
hasta el extremo  
con su proporción perfecta,  
lo que hasta una viva muerte  
me extasía,  
es el hombre.



Orfila Bardesio nació en Montevideo - Uruguay, el 18 de Mayo de 1925.  
Ha publicado "Voy" 1939, "Poema" 1946, "Uno" 1955 y "Uno" 1959